

JUICIOS

JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI, *El latín en Colombia*. Bosquejo histórico del humanismo colombiano. (Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, tomo III). Bogotá, Editorial Voluntad, S. A., 1949. VIII-486 págs.

La hermosa y tentadora empresa de escribir una historia de las ideas en Hispano-América, ha de tener por indispensable basamenta la de los estudios y el cultivo de las humanidades. En esta dirección se han ido señalando ya ilustres jalones. Comenzando por Menéndez y Pelayo, en esto como en tantas otras disciplinas guía luminoso, por los beneméritos trabajos de José Toribio Medina, Joaquín García Icazbalceta y Vicente G. Quesada, fueron surgiendo magistrales aportaciones como las de Pedro Henríquez Ureña (*La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo; Historia de la cultura en la América Hispánica*); y del eruditísimo Gabriel Méndez Plancarte (*Horacio en México, Índice del humanismo mexicano, Humanistas del siglo XVI, Humanistas del siglo XVIII, Don Guillén de Lamport y su Regio Salterio*) y estudios monográficos tan interesantes como los de María Rosa Lida (*Huella de la tradición greco-latina en el poema de Juan de Castellanos*), Silvio Zavala (*La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España, Ideario de Vasco de Quiroga*), Monelisa Lina Pérez Marchand (*Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México*), Amancio Bolaño e Isla (*Contribución al estudio bibliográfico de fray Alonso de la Veracruz*), Augusto Perea (*Horacio en Puerto Rico*), amén de la ingente obra crítica, bibliográfica y de investigación del eminente polígrafo Agustín Millares Carlo, en esta materia "facile princeps" y doctísimo e indispensable maestro y la vasta labor exegética de Alfonso Reyes. Añádase a estas citas de lo más destacado el abundante acervo de publicaciones procedentes de archivos y bibliotecas y se tendrá un somero índice de los elementos ya disponibles. Pero en esta dirección no se ha publicado nada que supere la obra de Rivas Sacconi, la más completa contribución a este tema fundamental referido a una de las zonas más intensamente saturadas por el humanismo en América. Como sucede con los de esta extensión y aliento, el libro es, en parte, refundición de trabajos anteriores que ahora se engarzan formando en su conjunto completa y elegante cohesión.

La historia del humanismo en el territorio de la Nueva Granada —y ya lo advierte el autor en el introito— puede dividirse en tres

grandes períodos. El primero abarca toda la época colonial desde los mismos días de la conquista — con figuras tan señeras como la del propio Jiménez de Quesada y la de Juan de Castellanos — hasta bien mediado el siglo XVIII. La segunda etapa es de transición, tiempo de espera y, por tanto, de manifestaciones apagadas en el conjunto aunque los brillantes rescoldos de la gran tradición cultural clásica siguiesen vivos en el hogar colombiano atizados por gentes de la estirpe de un Larraondo. El último período, que alcanza hasta nuestros días, se siente iluminado por la espléndida antorcha de Miguel Antonio Caro. De los doce densos y documentadísimos capítulos que comprende la obra — todos ellos magistrales estudios realizados con ejemplar crítica, hermosa claridad expositiva, profunda exégesis y abundante copia de datos bio-bibliográficos — siete están dedicados a la época colonial, dos a la etapa de transición y otros dos a la contemporánea. Entre los primeros — que se abren con el de los *Conquistadores humanistas* — destaca como de primera mano, con datos en su mayor parte inéditos, el capítulo II, *Lengua de cultura*. Contiene una breve crónica de las fundaciones docentes y del desarrollo de la enseñanza del latín. La importancia que se concedía a la lengua madre queda perfectamente demostrada; no ya era obligatorio su empleo en los actos oficiales y en el interior de las aulas sino también fuera de éstas. “Todo el personal docente y discente — escribe el autor (pág. 68) — debe hablar latín en las clases y fuera de ellas, en corredores y patios, en estudios y recreos. Se llega al extremo de ordenar que se juegue en latín y éste se escucha hasta en las riñas estudiantiles”. En estas páginas se siente tremular el espíritu que animaba los estudios en la colonia, aquel aura renacentista que inspiraba los exquisitos *Carmina* de Geraldini en Santo Domingo o los *Diálogos* descriptivos de Cervantes de Salazar en México o las versiones de Ovidio del asendereado Diego Mexia de Fernangil, y que en Colombia oreó magníficamente la fecunda siembra de que fueron flor galana y fruto sazonado tantos ingenios creadores de la más sólida y fértil tradición humanista del Nuevo Mundo. De este amor al saber clásico nacieron las selectas bibliotecas cuyos fondos — por los restos aún existentes — permiten al autor ofrecernos una restauración de los autores clásicos que revivieron en sus plúteos: Cicerón, Virgilio, Ovidio, Horacio, Séneca, Lucano, Plinio el Mayor, Tácito, Livio, Quintiliano, Juvenal, Marcial, Plauto, Terencio y, junto a ellos, los renacentistas: Petrarca, Poliziano, Pontano, Sannazaro, Fracastorio, Jovio, Erasmo, Justo Lipsio, Alciato. Allí se ven surgir y desarrollarse los grandes centros de enseñanza neogranadinos, ejemplo de actividad pensadora: la Universidad de Santo Tomás, el Colegio de San Bartolomé, la Javeriana, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Curioso es que una tan rica vida intelectual recibiese los beneficios de la imprenta muy tardíamente, ya pasado el primer cuarto del siglo XVIII, es decir, dos después de México; esto explica por qué gran parte de la producción literaria se mantuvo inédita o desconocida y da idea de las difi-

cultades que ha tenido que vencer el autor para realizar su benemérito trabajo. Testimonio de tan ardua empresa nos lo ofrece el capítulo III dedicado a los *Tratados didácticos*; para levantarlo tuvo Rivas Sacconi que imponerse el esfuerzo de revisar la mayoría de los mamotretos o apuntes de clase que, redactados en latín, se conservan en abundantes colecciones en la Biblioteca Nacional de Bogotá y en el Colegio del Rosario; son cuadernos manuscritos de catedráticos y de discípulos o de ambos juntamente, en donde remansa, con serenidad de siglos, toda la docencia de la etapa colonial con sus orientaciones, influjos y tendencias; en ellos se nos aparece la evolución de los estudios, el flujo y reflujo de las corrientes ideológicas, los cambios producidos por la adopción de escuelas, aunque las prevalecientes fueran la tomista y la escotista, dentro de las cuales alientan los grandes tratadistas hispanos: Vitoria, Soto, Cano, Suárez. Igualmente importante es el capítulo V, dedicado por entero a la huella de Nebrija, tema fundamental ya que el llamado *Arte de Antonio* tuvo en Hispanoamérica un decisivo influjo; basta asomarse a las relaciones de libros a Indias para darse cuenta del número de ejemplares que de los Artes y Diccionarios nebrisenses pasaron al Nuevo Mundo; aún en nuestros días se exhuman, a veces, en catálogos de rarezas bibliográficas los restos de aquel copioso trasiego¹. Pero la influencia de Nebrija tuvo todavía manifestaciones más decisivas en los numerosos tratados y refundiciones que se dedicaron en América a su obra. Por lo que hace a Colombia el autor señala, como más sobresalientes y difundidos, los del P. Diego Canali, fray Pedro Masústegui, el P. Yarza y — ya en el siglo XIX — los de Enrique Cruz Herrera y Pedro del Campo Lago. Pero antes de todos aparece en el siglo XVII el *Thesaurus linguae Latinae* de Fernando Fernández de Valenzuela a cuya singular figura dedica el autor el capítulo IV, con todo acierto y derecho ya que puede decirse que a Rivas Sacconi se debe el primer estudio dedicado a este ejemplar humanista neogranadino, uno de los más típicos representantes de la cultura hispano-americana de su época. El *Thesaurus*, que se conserva inédito y puede considerarse como uno de los más preciosos códices de los días coloniales, no es únicamente un tratado gramatical producido en la estela del triunfal periplo nebrisense y escrito como tantos otros mamotretos o dictados escolares, sino un libro destinado a la publicación cuyo texto principal lleva adicionadas epístolas y páginas enteras de poesía latina junto a sonetos en romance, un *Dicolon distichon* recomendando su lectura y — al final — una interesantísima *Descriptio* de la ciudad de Santa Fe de Bogotá y sus aledaños. “Lleno de juvenil entusiasmo y orgullo patrio — escribe, al respecto, Rivas Sacconi (pág. 133) — pinta el cuadro que se ofrece a su vista... situación, templos, casas, autoridades, conventos, tribuna-

¹ Así, por ejemplo, en el *Catálogo de incunables europeos y libros del siglo XVI y XVII, número 12, de la Antigua Librería Robredo, con una nota preliminar por José ALMOINA*. México, 1949. Vid. los números 10522 a 10531.

les, fábricas, hospicios, habitantes, lenguaje, campos, minas, frutas, flores, clima, animales, caza, pesca, fiestas, riqueza, pasan bajo su pluma en rápida y desordenada enumeración. Aquí, como en uno de los cuadros del pintor de Santa Fe, Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos se hallan reunidas, en una sola visión, las estructuras de los pocos monumentos arquitectónicos de la ciudad, agigantados en la mirada de sus hijos. El estilo es tan ingenuo como la composición misma: penuria de léxico... y simplificación nimia de las construcciones. En cambio es notable el valor documental de este escrito sobre el estado de Santa Fe noventa años después de fundada. Es de las más antiguas descripciones de la ciudad; anteriores son sólo la de Juan López de Velasco, que se remonta al año de 1572, y la de Fray Pedro Simón, de 1623, que se acerca mucho en el tiempo y en la pintura del lugar, a la de Valenzuela". Rivas Sacconi para esta *Descriptio* con la de México de los *Diálogos* de Cervantes de Salazar (1554) y con la de Caracas por Oviedo y Baños. Habría que recordar la de Santo Domingo por Geraldini (*Itinerarium ad regiones sub aequinoctiali plaga constitutas*; especialmente el capítulo: *Portus Sancti Dominici ingressus*), que es de hacia 1521-22 y creo que la primera en latín de una ciudad americana; en ella, también — como en Juan de Castellanos, en Fernández de Oviedo, en Cervantes de Salazar y en Valenzuela — se siente la misma incontenible hipérbole que fue común a los renacentistas en contacto con América. Fernández de Valenzuela ofrece, además, una muestra de las primeras inquietudes teatrales de Colombia con su *Laurea critica* que se conserva en el mismo códice del *Thesaurus*; es una farsa que parece muy similar a aquel entremés de Cristóbal de Llerena representado en Santo Domingo por los estudiantes universitarios en 1588; lo curioso es que Llerena fue expulsado por la Real Audiencia a Nueva Granada y consta que la deportación tuvo lugar el 8 de julio del mismo año en que salió al público su pieza. ¿Llegó a residir allí? Se sabe que en 1610 estaba en Santo Domingo y que en 1627 ya había muerto; con todo para los orígenes de la dramática en América convendría tener en cuenta estas coincidencias. Fernández de Valenzuela, en quien el espíritu ascético y cierto arrebato místico son indudables, como lo prueba su posterior ingreso en la Cartuja, fue flor y primicia del humanismo colombiano en su inicial etapa de sazón y puede considerársele punto de arranque y centro de un círculo ilustrado con conciencia de autonomía ideológica. Junto a él bullen ya otros cultivadores de las letras clásicas, entre ellos su propio hermano Pedro y un núcleo de amigos y compañeros nacidos en la misma tierra que asientan en ella un concepto de independencia en sus actividades creadoras, así Baltasar de Jodar y San Martín, Luis de Jodar y, sobre todos, Fray Andrés de San Nicolás, a juicio de Rivas Sacconi, que le dedica el capítulo VI de su libro, "la más aventajada pluma del Nuevo Reino". Fue, en efecto, un polígrafo y un políglota; poseía, a más del latín y el español, el griego, el hebreo, el francés, el italiano y la lengua chibcha. Joven aún pasó a España,

ampliando estudios en Alcalá de Henares y descollando en la Metrópoli como orador sagrado; recorrió los archivos de España e Italia y fue cronista de su orden dejando en romance una *Historia de los agustinos descalzos en España y las Indias* que recoge los sucesos desde 1588 a 1620. Pero donde destaca su personalidad es en las obras en latín: el tratado ascético *Passerculi solitarii planctus* y el *Proventus messis dominicae*, enumeración de los frutos universales cosechados por el apostolado agustiniano en cuya guilla espiritual no falta la garba de sus campos natales a los que dedica, desde la lejanía, un tierno recuerdo. Razón tiene el autor para señalar a Valenzuela y a San Nicolás como "iniciadores" de la literatura hispano-latina en Nueva Granada, pues aunque la vida y la obra logradas de ambos se desenvuelve en España, su influencia llegó como estímulo a los círculos cultos de la colonia que, ya por entonces, comienzan a desarrollar una rica y variada literatura en latín a la que Rivas Sacconi dedica el capítulo VII. En éste hallamos nuevas personalidades humanistas tan selectas como los jesuitas Álvarez y Neira, tan pintorescas como aquel José Ortiz y Morales que, como si presintiera un diluvio anegador de las letras, reunió en su *Arca evangelica*, como nuevo Noé, todas las especies literarias; allí están el jesuita Juan Antonio de Oviedo, propulsor de los estudios clásicos en México; el interesantísimo agustino P. Francisco de San José que se nos figura un Feijóo neogranadino contemporáneo del ilustre benedictino gallego, y, como éste, lector voraz e incansable y gran bibliófilo aficionado a la miscelánea enciclopédica y entregado a una formidable labor de síntesis; al jurisconsulto e historiador Juan Suárez de Mendoza; a la exquisita autodidacta Sor Francisca Josefa de la Concepción. Por doquier, en los siglos XVII y XVIII fue la Nueva Granada redundada por el latín y el autor puede, con acierto, resumir aquel período con estas palabras: "De un análisis de la literatura de los primeros siglos se desprende que la cultura humanística es base de toda ella, pues en parte considerable fue concebida en formas latinas, y la vernácula se presenta o inspirada en modelos clásicos, o ilustrada por imitaciones, o esmaltada de citas, o como quiera marcada con hondas huellas del pensamiento y el arte grecorromanos. Ni podía ser diversamente, estando como estaba erigida la educación sobre la escuela de latinidad. Quesada y Castellanos, Valenzuela y Fray Andrés, Lugo y Piedrahita, Rodríguez Freile y Velasco Zorrilla, Martínez de Ripalda y Domínguez Camargo, Toro y la Madre Castillo, y después Caldas y Restrepo y Nariño y Torres y Larraondo, cuantos quisieron hacer obra poética e histórica o lingüística o mística o filosófica o política, construyeron sobre los cimientos de la cultura clásica. El humanismo en la Nueva Granada nació vivo y operante. Antes que en traducciones, comentarios y ensayos filológicos, se manifiesta en producciones originales — en prosa y verso — y en reminiscencias de la literatura antigua, felizmente incorporadas a la literatura vulgar..." (págs. 227-228).

Esta gran corriente humanista atraviesa todo el tiempo de transición

(Cap. VIII), animando la vida intelectual en los días finales del XVIII, cuando se introduce la imprenta, llega José Celestino Mutis, se realiza la Expedición Botánica, el viaje de Humboldt y Bonpland y se funda el primer observatorio astronómico de América. El latín se cultiva en el libro, en los trabajos científicos, en la cátedra y hasta en tertulias selectas como la de doña Manuela Santamaría de Manrique; aparecen, entonces, las primeras traducciones de Virgilio, Ovidio, Terencio, Horacio; son los nuncios de la alta figura de Mariano del Campo Larraondo (Cap. IX), el más completo traductor latino antes de la presencia del inigualable Miguel Antonio Caro. El capítulo que el autor dedica a éste comprende los estudios publicados por separado antes y de los que se anotaron reseñas en estas mismas páginas², incluídos ahora en la obra total nos ofrecen toda su intensa y trascendental valoración histórica.

El estupendo libro de Rivas Sacconi constituye la culminación sistematizada y felicísima de una formidable y honda investigación en los entresijos del pensamiento radical de la cultura espiritual colombiana, de lo que está por encima de las variaciones temporales, de lo que siempre será cifra y orgullo, "honos et decus", de su tradición intelectual; en los días que corren, su lectura nos produce una consoladora sensación de ámbito reconfortador, de seguridad y de esperanza, como la vista de aquella "veterrima laurus" de los piramidas a que tan elegantemente aludía Rufino José Cuervo en el comienzo de su comentario a la versión de Virgilio de su amigo Caro.

JOSÉ ALMOINA.

(En *Revista de Historia de América*, México, núm. 30, diciembre de 1950, págs. 527-532).

* * *

To the writer of this book *la lengua madre*, the mother-tongue, means Latin (c. g. page 355), and the stemming of his culture from ancient Rome is even more direct and obvious than that of ours seems to us. He says in the preface, what the subtitle implies, that "Latin in Colombia is Colombian humanism", and that such a study as this reveals a cross section of the nation's cultural history (vii). In tracing a lamentable decline in the educational prestige and general knowledge and use of Latin, the book offers little novelty to readers in this country. But it differs from the story of Latin in the United States at the beginning and the end — in the rich cultural atmosphere of the colonial period and in the latter-day phenomenon of the language cultivated as a medium of expression, limited to a select few, but still very much alive.

² Véanse nuestras reseñas en el número 25 de esta Revista, junio de 1948, págs. 189-191 y 238-241.

In the earliest colonial period the humanistic influence of Latin is traced from the very conquest, in the educational background of the leaders, in private libraries, in grave inscriptions, in types and allusions in the contemporary literature. The first schools, established by religious orders, were in the European tradition of liberal arts, in which "grammar", meaning Latin, was the first and indispensable step and the common medium for all the later disciplines —philosophy, theology, law, medicine. Latin was the language of instruction from the second year of "grammar" through the university; it was used in examinations, publications, debates, plays, public orations, and even (according to regulations) in conversation and sports. For a first-hand picture of university education in the seventeenth and eighteenth centuries, the author draws upon many examples of *mamotreos*, notebooks in Latin from which the professors lectured, and more or less verbatim copies of them which the students made from dictation. And he devotes a chapter to an interesting manuscript *Thesaurus Linguae Latinae* written in 1628-1629 by a twelve year old student.

Aside from the usage of teachers and students, the period was enlightened by numerous works on the Latin language and literature and by writings in Latin in the fields of history, law, religion, and devotion. The author sums up the age as follows.

Humanism in New Granada was born alive and functioning. Rather than in translations, commentaries, and philological essays, it manifests itself in original works — in prose and verse — and in reminiscences of ancient literature, happily incorporated in the literature of the people (227-228).

The next period in the history is one of transition, spanning the end of the colony and the beginning of the independent republic. It involves not only the political revolution but a cultural and educational one as well, which the author places between the dates of the Provisional Method adopted in 1774 and the final reorganization of schools in 1826. With regard to Latin, the transition began with well-intended criticism and reform of the methods of teaching it and ended in its abandonment as the core of education. As this is only one manifestation of a profound national and international movement, the best analysis can only mention some of the more obvious causes for the particular phenomenon. There was the rise of scientific interest, detracting from older fields of interest in which Latin was traditionally entrenched. There was reaction against the basic "grammar" in the curriculum because it completely neglected the Spanish language, combined with the charge that the Latin being taught was a vulgar corruption, far short of the classical standard. There were ethical and religious objections to the humanities on the grounds that they presented pagan ideals of the Augustan age in preference to Christian ideals. And there was a dire shortage of teachers when, in 1767, all members of the Jesuit order were expelled from the Spanish territories in America. By the end of the transition period Latin had ceased to be the language of instruction;

the study of Latin grammar was reduced to two years and placed on a par with Spanish, French, English, Greek, and an indigenous language.

This was the status of Latin in the schools when the National University was founded, in 1868, the eventual successor of various religious universities and colleges of the colonial period. Presumably that status has not materially changed to date. The author does not give facts and figures on the presentday enrollments of classics departments; he is more concerned with values other than statistical. But the remainder of the book permits one to conclude that Latin study, in becoming less common, did not end in sterility. The humanism of the nineteenth and twentieth centuries in Colombia is characterized by the work of a few outstanding individuals whose influence has been quite widely diffused, and by the production of translations of the classics, notably lacking in the earlier periods.

The great man towering above all others in the field was Miguel Antonio Caro (1843-1909), who, aside from a prodigious literary production, exercised great influence as professor, journalist, and statesman. Against the background of his profound learning and love of antiquity, his work is presented under four categories: Latin grammar, translations, commentaries and criticism, and Latin writings. The *Gramática de la lengua latina para el uso de los que hablan castellano* (1867), written by Caro in collaboration with Rufino José Cuervo, was designed to serve the special need of considering Spanish grammar in conjunction with the Latin. Caro's best known contribution to Colombian letters is his translation of Vergil (1873-1876) in Spanish meters. Indeed his skill and industry applied to the turning of Latin, English, French, and Italian poetry into Spanish and Spanish into Latin have more than once gained him the reputation of "one of the greatest translators of all times" (376). His critical works were numerous, devoted to many classical topics but primarily concerned with the poetry of Vergil and Horace.

In his constant practice of writing Latin prose and verse, Caro offers an example of a feature of Colombian humanism of which the author takes special notice. Caro's use of Latin was always perfectly natural, his imitation of classical models unaffected, almost unconscious. The final chapter of the book, on the contemporary period, describes a considerable body of scholarly work — criticism, translation, studies in grammar and metrics. But most impressive is the evidence of the continued use of Latin, not only for scholarly publications and the special requirements of ecclesiastical documents, but as a personal means of expression, an eloquent testimony to an abiding love of the mother-tongue on the part of many Colombians.

To classicists in most countries it will appear strange that Greek does not play an important part in any such history of humanism. The author notes that Greek studies did not exist in the colonial period and

have been "limited and sporadic" since then: "The knowledge of Greek literature has been generally indirect, through the medium of Latin and modern literatures" (vii). It is concluded from the available evidence that Caro knew Greek but did not cultivate it with great enthusiasm (411-412). His overwhelming preference for Latin is seen as a natural intimacy with his linguistic heritage rather than a scholarly acquisition, in a comparison with the Spanish humanist, Marcelino Menéndez y Pelayo.

[Caro] is a practical humanist, who writes in Latin as his own language; he lives humanism as the men of the Renaissance lived it: with the same feeling of newness, of encounter, of filial devotion to Rome, and antiquity. The humanism of Menéndez Pelayo, broadening its view to include the Hellenic world, is more historical and appears less dependent on Latinity alone; Caro's, being more a matter of tradition, is almost exclusively Latin (411).

The book is judiciously planned with a generous documentation in footnotes throughout. Misprints are not frequent enough to concern anyone. However the author is guilty of a blunder, which undoubtedly many readers have called to his attention, when he attributes *auri sacra fames* to Horace rather than Vergil (*Aen.*, 3, 57). He says that Juan Rodríguez Freile expressly mentions Horace in connection with the quotation (216). If the error was in fact Freile's, our author has failed to correct it.

WILLIAM C. SALYER.

Washington University.

(En *The Classical Journal*, mayo 1951, Vol. 46, núm. 8, págs. 412-414).

* * *

Gratulabundo animo, opportuno tempore, hoc opus vere pulcherrimum et pro Republica Columbiana maximi momenti, salutavimus. Opus, diximus, pulcherrimum, et insuper, copia eruditionis refertum et acumine critico redactum, quodque reapse et "Institutum Caro et Cuervo", cuius est studia classica inter columbianos impense fovere atque instaurare, et auctorem, praefati Instituti diligentissimum a secretis, maxime commendat.

Intra fines huius ephemeridis, nobis interest caput VI, quo egregius noster P. Andreas a S. Nicolao, protochronographus generalis Ordinis nostri, in sua luce collocatur tamquam — ut iisdem verbis cl. auctoris utamur — "la más aventajada pluma del Nuevo Reino". Apparet inde quid P. Andreas repraesentet in studiis classicis columbianis, quorum est insignis cultor et praecursor.

Cl. auctor, collectis notiis ex nostris historiographis, curriculum intexit vitae P. Andreae nonnullasque notitias accurate librat et definit. Nihil, proh dolor, nos addere possumus in parte biographica, utpote quamplurima quae erant ignota, adhuc impervia remanent. Circa bibliographiam P. Andreae, quasdam animadversiones credimus oppor-

tunas: nullum ex operibus illius est hodie facile acquisitu; quoddam, ut *Passerculi solitarii planctus*, saltem in bibliothecis nationalibus Matriti et Romae invenitur; rarius est *Imagen de Ntra Sra. de Copacavana*, quod in bibliotheca nationali Matrit. consuli valet; rarissimum est *Tesoro de Palermo y su Monte Pellegrino*, frustra a nobis pluribus in bibliothecis quaesitum quodque olim in vetusto catalogo cuiusdam bibliopolae antiquarii nuntiatum vidimus.

Placet, hac occasione, sequens Epigramma P. Andreae referre ex opere *Sacra Illicitana*, Sylva, auc. Ambrosio Landuccio Senensi, Senis, MDCLIII; pág. 158: "Pro Beatorum ac Illustrium Virorum Monasterii, et Congregationis Illiceti, Elogiis Fr. Andreae a S. Nicolao Congr. Excalciatorum Hispaniae Ord. Eremit. S. Augustini. Epigramma:

Illice ab aurifera florens exorta propago
Aptatum recte splendida nomen habet:
Omnibus ut notum, quod semper dives abundat.
Omnimode felix, frugibus ipsa suis.
Fructificat sane multas foecunda per annos:
Sic venit et numquam nomen inane sibi.

Egregio Doct. Rivas Sacconi gratulamur ex corde ob suum meritissimum opus.

FR. JOSÉ ABEL SALAZAR de Xto. Rey, O. R. S. A.

(En *Acta Ordinis Recollectorum S. Augustini*, Romae, Via Sistina, II. Ian-apr., 1951, págs. 327-328).

* * *

Abrese este libro con viva curiosidad; ciérrase con la certeza de que se está en presencia de un estudio extremadamente serio y útil, a través del cual se ensanchan los horizontes del humanismo que, transpassando continentes, es igual a sí mismo.

El presente trabajo inspira simpatía desde el comienzo. Presenta, por una parte, un sugestivo título que, recorriendo cuatro siglos de historia del latín en Colombia, resume por último la propia esencia de la cultura colombiana; por otra parte, la modestia del autor que se cree obligado a decirnos que en su estudio apenas pretendió ordenar los materiales previamente elaborados. Admitámoslo; pero agreguemos desde ahora que lo hizo con sentido crítico y buen gusto, lo que no sería de extrañar en quien puso tanta convicción y sinceridad en la composición de esas páginas. Además de investigador concienzudo que domina enteramente el asunto, como lo deja entrever la vasta bibliografía citada, el Sr. Rivas se revela, por la crítica de las fuentes y por los resultados obtenidos, como un historiador a la altura del trabajo que emprendió. Deseamos con el autor que su libro sea el punto de partida para nuevas investigaciones sobre el humanismo co-

lombiano. No dejaremos de anotar que la edición es muy esmerada y que el estudio del Sr. Rivas Sacconi está elegantemente redactado: con corrección y claridad, con sencillez. Podría considerarse un tanto exagerado el procedimiento de largas transcripciones en las notas; mas aún aquí no hay lugar para grandes reparos, pues es manifiesto que se pretendió dar a conocer cierto número de textos que por su rareza son de difícil consulta.

Como lo destaca el autor en el prólogo, el latín en su país anda íntimamente ligado al humanismo colombiano; uno y otro son inseparables. En el caso presente, quien hace la historia del latín hace necesariamente la historia del humanismo, ya que el helenismo nunca echó raíces en la patria de Caro; su conocimiento fue generalmente indirecto: ora a través de la literatura latina, ora, sobre todo, a través de las literaturas modernas.

Los estudios latinos en Colombia se distribuyen en tres períodos, cada uno con sus características propias: el colonial, el de transición y el independiente. Una circunstancia favoreció desde los primeros tiempos al humanismo en Colombia; en efecto, este país contó en el número de sus conquistadores al Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada (1499-1579). Jurista, historiador, latinista, hombre de armas y de política, Quesada encarna por su cultura y por su actividad militar al hombre del renacimiento, al humanista, en fin, en el amplio y único sentido que la palabra consiente. No se puede afirmar con certeza que el Adelantado de la Nueva Granada haya escrito poesías en latín; además gran parte de su obra se perdió. Pero su refutación de la *Historia* de Paulo Jovio, en la parte referente a la Península Ibérica, da la medida de su cultura humanística. A Quesada viene a sumarse Juan de Castellanos (1522-1607). El primero, educado en España, llegaba al Nuevo Mundo en posesión de su licenciatura en derecho; el segundo, enviado a Colombia a los doce años, iba a recibir allí toda su formación literaria: "Castellanos vino como conquistador y se volvió letrado, a la inversa de Jiménez de Quesada, jurista a quien la ocasión hizo guerrero". En este período de efervescencia expansionista no falta quien manifieste el deseo de que se escriba el poema de la Conquista; a Castellanos, que participa de la actividad española en América, estaría reservada la empresa con su *Historia del Nuevo Reino de Granada*. Ciertamente el poema peca por frecuente pedantería. Es evidente la presunción de Castellanos de hacer ostentación de su cultura clásica, lo que resulta perjudicial para su obra; a pesar de eso el poema ocupa lugar relevante en la incipiente literatura colombiana. El mérito principal de Castellanos está, con todo, en la influencia literaria que ejerció sobre sus contemporáneos, en su magisterio poético que hizo de él el centro de una pléyade de poetas que versificaban en latín y en castellano.

La actividad desempeñada por estos dos humanistas era por sí sola insuficiente. Paralela y aun anterior a ésta es la que habrían de ejer-

cer prelados y órdenes religiosas. Así en 1549 el bachiller Luis Sánchez enseña gramática latina a indios y mestizos en la escuela fundada por el obispo Juan del Valle (con éxito evidente como lo prueban las representaciones de comedias en latín); y las órdenes religiosas — dominicos, franciscanos y jesuitas — abren sus colegios en la segunda mitad del siglo xvi, algunos de los cuales, especialmente los de la Compañía de Jesús, alcanzan en breve nivel universitario con la enseñanza completa de las cuatro Facultades. Mas no exijamos de este primer siglo de adaptación en que todo hubo de ser creado, lo que no puede dar. La enseñanza del latín, a pesar de ser obligatoria en los colegios, continuará siendo rudimentaria por mucho tiempo; de ahí la ausencia de trabajos didácticos originales. Las obras de Nebrija desde un principio, más tarde los *De institutione grammatica libri tres* del jesuita portugués Manuel Alvarez serán la base de la enseñanza durante cerca de tres siglos. Es cierto que más de un autor preferirá el latín al castellano como lengua literaria; pero todavía la tradición no es grande y se limita, en su mayor parte, a la poesía que, a su vez, es casi exclusivamente de carácter escolar.

Así como durante el siglo xvi encontramos en primer plano a Quesada y Castellanos, del mismo modo se destacan en el siglo siguiente los nombres de Fray Andrés de San Nicolás y Fernando Fernández de Valenzuela. No nos detendremos sobre su obra; uno y otro, como lo advierte el Sr. Rivas, son los iniciadores de la literatura latina de la Nueva Granada. Fray Andrés cuenta sobre todo por su producción poética en latín y castellano. Pero el paso mayor en el progreso de los estudios latinos es el que se da en 1629 con el *Thesaurus linguae latinae* de Fernández de Valenzuela. La influencia ejercida por Nebrija en el *Thesaurus* es destacada con precisión por el Sr. Rivas Sacconi en el interesante capítulo "En la senda de Nebrija". La obra de Valenzuela quedará inédita; sin embargo, el ambiente para nuevos estudios gramaticales estaba creado y, por consiguiente, el siglo xvii será en Colombia un período de cierto florecimiento en la expansión del latín.

Entre el último tercio del siglo xviii y la consolidación de la independencia (1774-1826), la situación es un tanto diferente. El latín es entonces atacado y su prestigio de lengua literaria pierde terreno en favor del castellano. Apenas un nombre puede ser señalado durante ese largo período: el de Mariano del Campo Larraondo, excelente traductor de Horacio. Conviene señalar ahora que en ese tiempo aparecen las primeras traducciones de escritores latinos y que es en ese ambiente de cultura clásica donde se forman los creadores de la independencia de Colombia.

Ya en el período moderno un nombre domina a todos los demás: el de Miguel Antonio Caro. Caro es el gran restaurador de los estudios latinos. Gramático, editor y traductor, historiador de la influencia de la literatura latina en la de su país, Caro, como lo pone en evidencia el Sr. Rivas Sacconi, "encarna el revivir de la tradición, la síntesis de

la edad colonial y de la republicana, el orden restablecido tras una época de ensayos y exploraciones, el reanudarse de un proceso de cultura, la fijación definitiva de los valores esenciales de la nacionalidad: en lo político, libertad y orden; en lo espiritual, lo católico; en lo cultural, lo clásico". Coautor de la *Gramática de la lengua latina*, traductor de Catulo, Lucrecio, Tibulo, Propercio, Ovidio, Luciano, Marcial, Séneca y, sobre todo, de Virgilio y Horacio — su autor predilecto —, sus traducciones son consideradas modelo de perfección que en su tiempo enriquecieron considerablemente la literatura colombiana. Autor él mismo de prosa y versos latinos y traductor al latín de composiciones poéticas de las literaturas modernas, Caro no deja por eso de prestar menos atención a la literatura latina postclásica; y así traduce o imita cánticos y salmos, himnos y oraciones litúrgicas; a S. Jerónimo, Juan segundo, el amigo de Resende, Marco Antonio Vida, Vanière y otros, en lo cual une la fidelidad a la elegancia de traductor.

Tal es, a grandes rasgos, la personalidad literaria de Caro. Esto bastaría para que figurara en los estudios latinos de su país y en la propia literatura colombiana. Pero su mayor mérito está en que fundó escuela y dejó discípulos. En los últimos cincuenta años el latín ha sido ampliamente cultivado en Colombia; las obras de carácter filológico se cuentan por decenas y el interés por los estudios clásicos, en especial por Horacio, no disminuyó como lo prueba el número extraordinario de traducciones hechas en la última mitad del siglo pasado. Todo esto fue y continúa siendo posible merced a la obra legada por Caro y a su prestigio de hombre de estado y humanista.

Este libro vale doblemente: por su valor intrínseco — investigación seria, exposición clara, perfecta composición — y por su oportunidad. Para nosotros, portugueses, trae consigo más de una enseñanza y, por otra parte, nos sirve de estímulo. No faltan puntos de contacto entre lo que pasa en el primer siglo del establecimiento de los españoles en Colombia y lo que ocurre con nosotros en la India, en el Brasil y hasta en África. Nombres nos sobran que podrían compararse con los de Quesada y Castellanos. Como ellos, muchos de los portugueses que ejercen su actividad en el Imperio tienen el gusto, la admiración por el mundo clásico. Muchos de sus nombres son conocidos, especialmente los de los religiosos; otros son poco menos que ignorados y por eso mismo más significativos. Pensamos, por ejemplo, en Baltazar Jorge de Valdez. Hombre de negocios, funcionario, soldado, muere en 1546 en los combates por la victoria del cerco de Diu. El comercio y los cargos públicos no extinguen, sin embargo, en él al humanista. De su testamento, hecho en la India, consta que poseía las obras de Séneca, de Valerio Máximo, de San Agustín, los Evangelios, el *Flos Sanctorum*, la *Vita Christi* y además la *Destrucción de Rodas*, las Crónicas del Cid y del Condestable, al Petrarca y a Erasmo. Y como Valdez, tantos otros que se sirven en su correspondencia oficial de prosa latinizada, a veces pedantemente latinizada, y por eso mismo

de gran importancia para la historia del humanismo o, por lo menos, para la historia de la lengua. La carta de un simple oficial mecánico podrá revelar más de un latinismo de primera mano.

El autor del trabajo de que tratamos de dar una idea general, destaca la importancia que las traducciones del latín han tenido en el enriquecimiento de la lengua de su país. Estamos convencidos de que el estudio que se hiciera sobre las traducciones del latín al portugués, realizadas en la edad media y el renacimiento, llevaría igualmente a resultados importantes para la historia de la lengua portuguesa: más de un caso de morfología, sintaxis o estilo se explicaría por el trabajo de los traductores. Sería necesario, en suma, esbozar la historia del humanismo portugués en su doble aspecto de conocimiento de la antigüedad clásica y de producciones originales de autores portugueses. Descuidada durante mucho tiempo, la literatura latina postclásica ha sido últimamente objeto de importantes estudios, de los que se puede concluir, entre otras cosas, que las literaturas vulgares recibieron frecuentemente la influencia de la literatura latina medieval o renacentista. Importa hacer lo mismo entre nosotros: la historia del humanismo, en la que uno de los capítulos, y no el menos interesante, estaría consagrado a su expansión, bajo todas sus formas, por los territorios ultramarinos. Con seguridad muchos materiales aguardan estudio en las bibliotecas portuguesas y extranjeras, como, por ejemplo, las decenas de manuscritos iluminados de los escritores griegos y romanos y sus traducciones; o las gramáticas, las poesías, oraciones y epistolario inéditos de João de Barros, António Pinheiro, António de Gouveia, Aquiles Estaço, Damião de Góis, Jerónimo Osório, André de Resende, Jorge Coelho...; mas para llevar a cabo un primer trabajo de conjunto no sería indispensable dedicarse a profundas investigaciones; los elementos dispersos son ya abundantes; no habría necesidad sino de darles cuerpo*.

LUIS DE MATOS.

(En *Biblos*, Revista da Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra, Coimbra, 1949, vol. xxv, págs. 523-526).

* * *

Obra de valor científico, histórico y literario es la que se presenta al público en este nuevo volumen del Instituto Caro y Cuervo, pues verdadero historiador, científico y literato se manifiesta su autor, D. José M. Rivas Sacconi, Director a la vez del mismo Instituto.

Admira, efectivamente, la ardua a la par que magnífica labor desarrollada por este benemérito humanista colombiano. Forman un riquísimo arsenal los datos y noticias acumulados en esta obra. Desde los

* Traducción de Jorge Páramo.

lejanos días de la colonización en que la madre España, pródiga de sus riquezas intelectuales, llevó a aquellas tierras vírgenes las primicias de la cultura humanista, hasta la época presente en que Colombia se abre plenamente a la cultura clásica, todo lo ha recorrido el autor en busca del precioso tesoro escondido entre las malezas de varios siglos. Se estudian las Gramáticas latinas, los trabajos en prosa y en verso, las traducciones de los autores clásicos, la tradición toda y la influencia de la cultura greco-romana en Colombia. Y aparecen bien delineadas las figuras cumbres del humanismo colombiano: Andrés de S. Nicolás, Mariano del Campo Larraondo y Miguel Antonio Caro. ¡Magnífico ejemplo de diligencia e interés en pro de los tesoros patrios!

Mérito es también del autor el acierto en distribuir y presentar ese enorme acopio de noticias de modo que puedan leerse no sólo sin cansancio, sino hasta con deleite, a lo cual no contribuye poco, además de la amenidad del estilo, la pulcra y esmerada tipografía.

JESÚS ASPA, C. M. F.

(En *Helmantica*, Rev. de Humanidades Clásicas, Pontificia Universidad Eclesiástica, Salamanca, año I, núm. 3, julio-septiembre de 1950, pág. 399).

* * *

LIBRO DE PLATA O DE ORO

Lo tengo delante de mí hace dos días y lo he estado esperando más de dos meses. Se llama el libro *El latín en Colombia. Bosquejo histórico del humanismo colombiano*. Su autor, el señor José Manuel Rivas Sacconi. El libro, estampado en Bogotá, en este año de 49, tiene 500 páginas en cuarto. La obra, difícil de imprimir bien, no tiene erratas y es ella el tomo tercero del Instituto Caro y Cuervo, instituto muy apreciado de los doctos en España y en América.

Para que mis lectores se den cuenta del objeto de la obra, se me permitirá que copie unas líneas de su prologo. Dice el señor Rivas: "He recogido en este volumen noticias acerca de la enseñanza del latín en las aulas colombianas; de las gramáticas latinas compuestas en el país; de la producción de obras científicas y literarias, en verso o en prosa; de las traducciones de clásicos latinos; de los comentarios y ensayos críticos sobre temas de literatura latina; de la influencia de la cultura greco-romana en las letras colombianas; y, en general, de la huella clásica en la vida nacional. El latín en Colombia es el humanismo colombiano. Los estudios griegos, limitados y esporádicos, no han formado tradición".

¡Qué bueno que aquí, en Venezuela, patria de Bello, y de Ramos y de González, se escribiese un libro parecido! Material hay sobrado y, si es cierto que un latinista como Don Miguel Antonio Caro no hemos tenido, no faltaron muchos culturadores en el siglo que pasó, del

alto latín y aún del idioma griego. Apunto el tema para algún letrado de la República.

El latín entró en Santa Fe con el primer conquistador: con Quesada. Lo asegura quien le conoció y que fue a su vez, gran latino, Juan de Castellanos.

La obra del señor Rivas tiene sólo doce capítulos muy holgados y se desarrolla en cuatrocientas cincuenta páginas. Todos los capítulos valen, pero el lector se pasma y entusiasma con el dedicado a M. A. Caro, que abarca 70 páginas. Aquel gramático y traductor de Virgilio y de Horacio, y de otros más, bien que merece la primacía. ¡Cómo amó a Venezuela y honró a Bello, Don Miguel! Ello no se dice precisamente en este trabajo, pero en él se apunta la grandeza de la Oda horaciana al Libertador, y se anota qué poesías de Don Andrés Bello puso en latín su admirador. Vertió a verso latino un canto de su padre Don Eusebio, escrito en alabanza de Maracaibo. El máximo amigo de Cecilio Acosta fue el gran Caro de Bogotá...

Nacen en Nueva Granada el mismo año (1617), tal vez en la misma Santa Fé, los dos, dos grandes latinistas: Fernando F. de Venezuela y Fray Andrés de San Nicolás. El primero a los doce años compone una gramática del idioma del Lacio y antes de llegar a los veinte, compone poesías clásicas latinas. Y vive muchos años escribiendo libros en una cartuja de España. Santamente murió allí el hijo de San Bruno.

El otro fue, desde chico, fraile agustino recoleto; pasó a la Península de mozo; escribió mucho y nos dejó cantos latinos de sabor místico, dignos de loa. Puesto eminente puso a Fray Andrés en su *Historia de la literatura de Colombia* el señor Gómez Restrepo.

La imprenta vino a Nueva Granada muy tarde; dos siglos después que a Méjico. ¡Qué de trabajos tendríamos si el arte de imprimir hubiese llegado antes de 1737 a Santa Fe de Bogotá! Esto lo piensa el lector al ver en el libro que se examina, el número de obras que se han conservado manuscritas en los archivos santafereños, redactadas en latín la mayor parte y que trataban asuntos filosóficos y de teología. Tales obran permanecen inéditas y, por cierto, que un joven venezolano (J. F. Q.) desenterró muchas hace treinta años y con ellas escribió interesantes monografías, una de ellas titulada *La filosofía tomista en Venezuela*. El eminente Padre José Abel Salazar, A. R., escribió, no ha mucho, un áureo libro acerca de los estudios eclesiásticos en Nueva Granada, pero escrita la obra en Roma y Madrid, no pudo aprovechar su autor la Biblioteca Nacional bogotana ni el Archivo del Sr. Arzobispo para más enriquecer su valioso libro. Tal deficiencia, la única del Padre Salazar, se subsana con el capítulo tercero de Rivas Sacconi, llamado *Tratados didácticos*, de treinta y dos páginas, y en otros de la misma obra. Tampoco Rivas Sacconi pudo utilizar mucho el libro del candelario antioqueño Padre Salazar. Copio sus mismas palabras, cortas y justas:

“Demasiado tarde he logrado ver el libro del Padre Fray José Abel Salazar, *Los estudios eclesiásticos superiores en el Nuevo Reino de Granada* (1563-1810), Madrid, 1946, obra fundamental, a la cual remito al lector deseoso de ampliar sus noticias sobre la organización de los estudios neogranadinos”.

Más de una vez en el libro se hace referencia a documentos publicados por el suscrito en la *Bibliografía de la Provincia dominicana de Colombia*, páginas 253-260. Del primero tengo ahora pruebas que es del año 1772; el segundo es de 1770. Hay que leerlos con duda, porque el escrito no es de copia muy fiel, sino infiel, como en el ejemplar de mi uso, que tengo ahora anotado.

Página 403, nota: Puede el Señor Rivas estar más que seguro que la inscripción del altar mayor de Santo Domingo (*qui fuit*) de 1908, la redactó el Señor Caro. Un Padre dominico y el firmante recibieron del autor el original para la leyenda.

En la *Historia de la Virgen de Chiquinquirá* (1913), hay inscripciones latinas, páginas 316 y 17. Las del altar mayor, me parece, que el Señor Miguel Antonio Caro las dictó. También él contribuyó con una poesía al homenaje a la Señora en su centenario tercero.

FRAY A. MESANZA, O. P.

(En *El Catolicismo*, Bogotá, junio 12 de 1949, pág. 11; en *La Religión*, Caracas, 31 de mayo de 1949, pág. 2; en *El Siglo*, Páginas Literarias, Bogotá, 17 de julio de 1949).

* * *

Contiene este volumen un material rico y bien ordenado: “noticias acerca de la enseñanza del latín en las aulas colombianas; de las gramáticas latinas compuestas en el país; de la producción de obras científicas y literarias latinas, en verso o en prosa; de las traducciones de clásicos latinos; de los comentarios y ensayos críticos sobre temas de literatura latina; de la influencia de la cultura grecorromana en las letras colombianas y, en general, de la huella clásica en la vida nacional”.

El propósito de presentar un capítulo de la historia cultural colombiana y la existencia de una literatura colombo-latina, paralela a la vulgar, ha quedado bien cumplido. Los tres grandes períodos — colonial, de transición e independiente — ha sido realizado con tanta sabiduría como orden. El profano que sólo quiera informarse del relieve que en este aspecto tienen grandes figuras — como Jiménez de Quesada, como Rufino José Cuervo, como Miguel Antonio Caro — encontrará en esta valiosísima obra una información de primera clase. El libro es nueva honra de la cultura humanística de Colombia y del

Instituto Caro y Cuervo que lo edita, y es ejemplo y estímulo para los demás países hispanoamericanos.

A[ANDRÉS] I[DUARTE].

(En *Revista Hispánica Moderna*, New York, vol. XV, núms. 1-4, enero-diciembre de 1949, págs. 142-143).

* * *

JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI, *Romance de la defensa de Cartagena*. Bogotá, Prensas del Ministerio de Educación Nacional, 1950. 19 págs. (Sobretiro de la *Revista de las Indias*, vol. XXXVI, núm. 112, enero-marzo de 1950).

A mediados del siglo XVIII, algún desconocido letrado neogranadino, muy conocedor de las antiguas formas poéticas españolas, "penetrado hasta los huesos por la lectura de los romances y cantares de hechos hazañosos", escribió este *Romance de la defensa de Cartagena*, que "es, no obstante sus defectos, hermosa manifestación de auténtica poesía nacional". Se refiere a la defensa de Cartagena de Indias contra el ataque de los ingleses en 1741, y, por varios indicios, debió ser compuesto "a raíz de los acontecimientos narrados, aún frescas las memorias y las emociones". De la viva tradición popular hubo de recogerlo un religioso llamado fray Felipe de Jesús, que casi con seguridad fue franciscano y también natural del Nuevo Reino de Granada. Este fraile, misionero en el Chocó y en el Darién, escribió una obra épico-dramática, que hasta ahora era conocida sólo de nombre, cuyo título es: *Poema cómico. No se conquistan las almas con violencias. Triunfos de la religión y prodigios del valor. Los godos encubiertos. Los chinos descubiertos. El oriente en el ocaso, y la América en Europa. Soñado en las costas del Darién, 1789. Dividido en dos partes y cinco actos...* Su obra tuvo como propósito principal llamar la atención hacia aquellas regiones, olvidadas por España y codiciadas por otras naciones — franceses e ingleses —, eterna amenaza también de Cartagena. Resalta a lo largo de toda la obra el mismo espíritu patriótico que de manera tan aguda se trasluce en el *Romance*. El *Poema* de fray Felipe "es un gran sueño, durante el cual el autor se ve transportado a un teatro imaginario, donde contempla una larga sucesión de actos y escenas". Ya al final, el "soñador" ve aparecer el cuadro de la colina de la Popa en Cartagena, donde "cantaba un joven al son de un instrumento muy sonoro y acorde el siguiente antiguo romance". Y transcribe el que aquí se da a conocer por primera vez. Es un largo poema de más de setecientos octosílabos, dividido en dos partes que, como es corriente, tienen, cada una, idéntica asonancia: *o-a* e *i-a*. Lo que define el carácter — y el interés — de esos versos "por encima de todo, es este sentimiento [nacional], la noción palpitante de patria, revelada y despierta en él con el enemigo — el enemigo injusto...". Sólo Juan de Castellanos, autor de las *Elegías de va-*

rones ilustres de Indias, puede encontrarse como antecedentes del *Romance*: "si alguien fuera a tender un hilo entre los jalones de nuestra épica (llamémosla así, dando a la palabra un valor entendido), debería pasarlo por estos dos puntos, aquél, de mucho relieve y campanillas, éste, humilde y breve, que apenas buscó el cauce popular de los viejos romances". A José Manuel Rivas Sacconi, sabio historiador de la cultura colombiana, se deben este hallazgo y su difusión, así como su certera valoración.

G[ERMÁN] P[OSADA].

(En *Revista de Historia de América*, México, núm. 31, junio de 1951, págs. 341-342).